

NIVELES DE REALIDAD Y PLURALISMO METODOLOGICO

Ramón Alvarado J.

...La literatura no conoce la realidad sino sus niveles. Si existe la realidad de la cual estos distintos niveles no son sino aspectos parciales, esto no lo puede dilucidar la literatura. La literatura conoce la realidad de los niveles y ésta es una realidad que conoce mucho mejor de lo que se puede obtener a través de otros procedimientos cognoscitivos. Esto ya es bastante.
Italo Calvino, Una pietra sopra, 1980.

Del método único a la metaciencia

En el campo de los estudios del hombre y la sociedad, el positivismo y la corriente científicante del marxismo, condensada en los preceptos del materialismo histórico, sostuvieron, desde fines del siglo XIX hasta el último tercio del presente, la misma pretensión: La realidad (así en singular) sólo puede abordarse a través de un método único.

Según los cánones del conocimiento "positivo", la unicidad del método científico estaba asegurada por el uso sistemático de los procedimientos de indagación y experimentación propios de las ciencias naturales. Por su parte, algunas corrientes del marxismo consumieron sus mejores esfuerzos de elaboración intelectual, en la defensa de la supremacía del méto-

do dialéctico sobre otras formas de conocimiento de la realidad social. En ambos casos, los paradigmas epistemológicos adoptados se constituyeron como fortalezas teóricas monolíticas que reclamaron para sí la patente única del conocimiento científico de la realidad.

La teoría social de inscripción marxista parece haber sido abandonada con premura -como en una situación de naufragio ineluctable- por numerosos miembros de las comunidades académicas que se manifestaron otrora como sus más firmes defensores. La apostasía doctrinaria y la renuncia confesada de estos intelectuales *pentiti* son actos característicos de un proceso político y cultural de nuestro tiempo que se encuentra aún a la espera de un análisis detenido y desapasionado. Por ahora nos ocuparemos exclusivamente del metadiscurso elaborado a partir de la crisis epistemológica del post-empirismo iniciada hacia la segunda mitad del presente siglo.

De las ciencias duras al pluralismo metodológico

La proliferación de perspectivas y aproximaciones disciplinarias desarrolladas con un mismo propósito: el estudio de las acciones del hombre, contribuyó en buena medida a fracturar el aparato conceptual y metodológico fundado por la episteme positivista. En el mismo sentido, las diferentes corrientes de estudio en antropología o en sociología, por ejemplo aquellas de orientación estructuralista, las de tendencia funcionalista o bien las que resultaron de una entente coyuntural entre estos horizontes, ilustran esta marcada tendencia hacia una polifonía metodológica, esto es, a la coexistencia de una multiplicidad de métodos y formas de aproximación en el estudio de las sociedades. La centralidad de la epistemología tradicional en el método único se vio también desplazada por la tendencia a la dispersión en ciertas disciplinas que las llevó a fragmentarse en campos de especialización cada vez más específicos. Considera-

mos, por ejemplo, las singulares derivaciones de las ciencias del lenguaje en socio-, psico-, pragma o semio-lingüística; parcelas de conocimiento que a su vez pueden entrar en caprichosas combinaciones del tipo "sociosemio-" o "psicopragma" lingüísticas. Esta quiebra de los cánones de racionalidad científica de corte positivista ha motivado la elaboración de una serie de trabajos que podemos inscribir en el campo de la reflexión metacientífica, la filosofía de las ciencias sociales: *The Restructuring of Social and Political Theory* (R. Bernstein, 1978), *Naturalism and Social Science* (D. Thomas, 1979), *Beyond Empiricism* (A. Tudor, 1982), *Beyond Objectivism* (R. Bernstein, 1983), son algunos títulos que ilustran la naturaleza del dilema planteado por esta era del post-empirismo. Lo que hay en el fondo de estas reflexiones es una verdadera "disputa sobre la racionalidad", *Rationalitätstreit*, para retomar la afortunada fórmula de Paul Roth (1987). Según este autor las respuestas frente a la crisis del proyecto positivista se ordenan en dos frentes claramente diferenciados: unos buscan la revitalización o reconstitución de la tesis del método único,

mientras que otros se orientan a desmontar las piezas centrales de esta maquinaria epistemológica. Roth toma partido por los segundos y propone frente al programa de la unidad del método a toda costa, un "pluralismo metodológico".

En esta "tercera vía" propuesta por P. Roth, —que no admite ni los cánones esclerotizados de la epistemología tradicional, ni el "todo se vale" ("anything goes")— podemos inscribir el excelente trabajo de un teórico social norteamericano, R.H. Brown, que por la singularidad de su visión epistemológica y la amplitud de conocimientos que pone en juego, constituye una de las respuestas más creativas a la crisis del canon positivista en ciencias sociales. La línea de argumentación que adoptó este autor rompe definitivamente con el imperialismo de las ciencias naturales e introduce una nueva mirada en los estudios del hombre y la sociedad. Estos, entre otros aspectos de interés, nos han llevado a comentar su obra en las páginas que siguen.

La erudición como máquina interpretativa

Richard Harvey Brown es el autor de un libro poco ordinario.

Su publicación motivó seguramente una serie de reacciones encontradas y más de una mirada de sospecha en los círculos académicos estadounidenses. El título mismo de este libro *sui generis*, *A poetic for sociology*, está impregnado por los incienso de la herejía. En nuestro país, las ideas expuestas en esta obra han permanecido hasta ahora, prácticamente ignoradas. A lo largo de un fascinante y erudito alegato, R.H. Brown realiza una minuciosa labor deconstructiva de los cánones

epistemológicos que han orientado la investigación científica en ciencias sociales al tiempo que formula una teoría del conocimiento basada en un punto de vista muy singular: el propio de las estéticas de la creación artística.

Desde su aparición original, en 1977, a la vuelta de poco más de una década, el horizonte de recepción de las ideas centrales formuladas en este libro: la elaboración de una "estética cognoscitiva" y la adopción del "realismo simbólico" como episteme para la sociología, ciertamente se ha modificado y es menos proclive a considerarlas como gratuitas excentricidades o provocaciones infundadas. Sin embargo, todavía en nuestra actualidad, marcada por vuelcos repentinos de los acontecimientos políticos y por profundos desgajamientos en los distintos órdenes de las sociedades contemporáneas, la propuesta de adoptar en ciencias sociales aquellos principios valorativos que



siempre se consideraron un atributo exclusivo de la esfera de la creación artística, aún causa cierto desconcierto y perplejidad entre los círculos científicos.

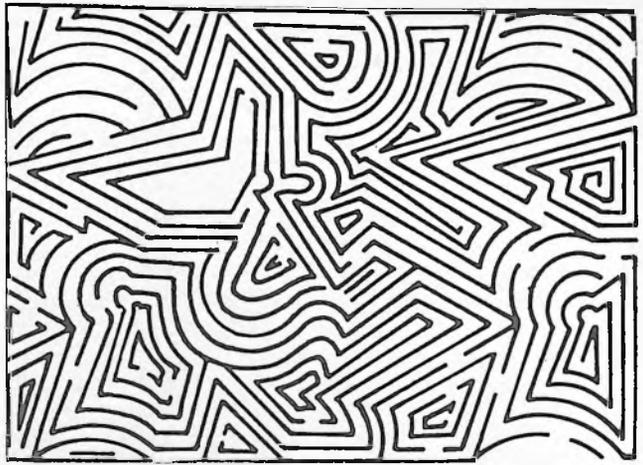
El argumento central de Brown en el sentido de que el arte y la ciencia son dos vías legítimas —y mutuamente complementarias— para el conocimiento de la realidad, representa una "apuesta" muy seria; es algo más que una mera inclinación perversa a los juegos de inteligencia y las paradojas. En torno a esta idea de base, Brown elabora una argumentación consistente encaminada a fundar una "nueva científicidad", autocrítica y dialéctica, opuesta a las tendencias e inercias históricas, a la canonización e institucionalización del conocimiento.

Hay que señalar sin embargo, que estas ideas no provienen del dominio de la filosofía o de la historia de las ciencias; R.H. Brown es un científico social formado en la más acendrada tradición del funcionalismo norteamericano. Dispone de un amplio capital de experiencias en la aplicación del aparato metodológico de esta corriente a los problemas típicos del desarrollo económico y el cambio social en los países latinoamericanos.

En cierto momento de su práctica profesional como sociólogo, cayó en la cuenta de un hecho que cambiaría radicalmente sus convicciones: las teorías sociales son susceptibles de manipulación ideológica. A Brown le tomó varios años de trabajo en su especialidad descubrir lo que en nuestro país, hace más de dos décadas, ha sido un lugar común de la crítica de las orientaciones funcionalistas: la pretensión de legitimar como perspectiva científica lo que es en realidad un propósito político. Al constatar esta marcada tendencia a instrumentalizar las teorías sociales, Brown se propuso colocar de nueva cuenta, en el centro de las preocupaciones de la sociología, el cabal conocimiento de la estructura y la dinámica de los grupos humanos pero adoptando una perspectiva diferente.

El desencantamiento del positivismo

Brown emprendió en este libro la arriesgada empresa de conciliar la pluralidad de horizon-

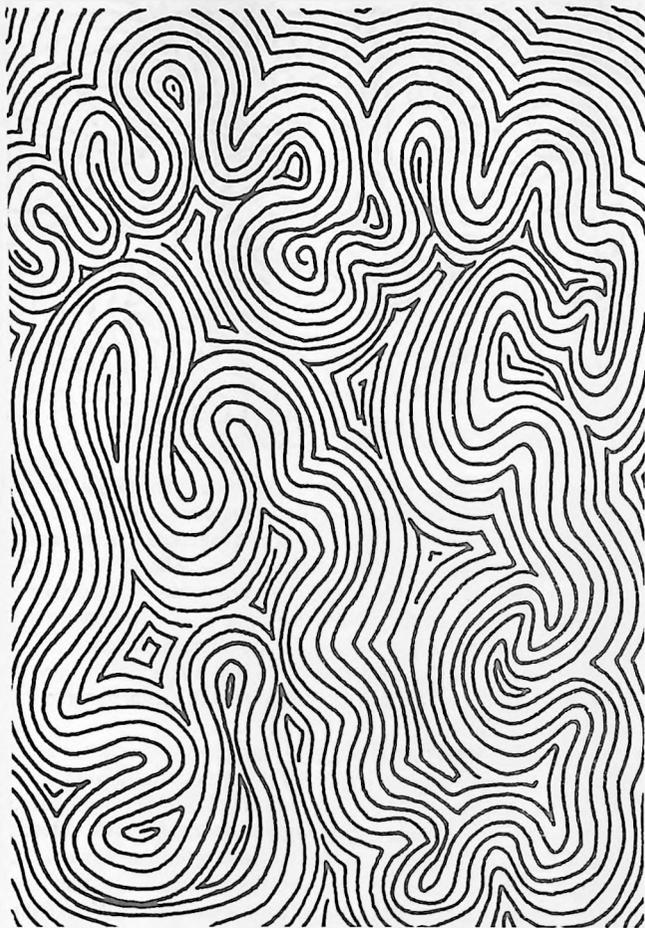


tes y perspectivas que caracterizan al campo de la sociología. Desde luego no es una menuda labor erigir puentes entre, por ejemplo, las macroteorías de la acción social y las microteorías sobre la construcción de las ciencias y las identidades en los sujetos. Sobre todo si se tiene en cuenta que la dualidad de estos objetos y niveles de estudio encubre, de hecho, un profundo diferendo epistemológico que ha enfrentado a la sociología de orientación positivista con aquella corriente "atraída" por el campo de las "humanidades". Esta última tendencia, ha sido a menudo criticada por favorecer la "interpretación" en detrimento del "conocimiento objetivo".

Es así que el sociólogo Brown, desencantado de la falsa objetividad del empirismo positivista, se inclinó decididamente por la vertiente interpretativa y se propuso fundamentarla como un modo científicamente válido de conocimiento. La propuesta browniana de adoptar una "estética cognitiva" en el estudio de aspectos tan sociológicamente marcados como el conflicto entre clases, la regulación institucional o los patrones del cambio social, conlleva sin duda, consecuencias muy importantes para las ciencias del hombre y la sociedad. Para los sociólogos avezados al discurso académico construido en torno a la contundencia del hecho y los procedimientos de comprobación factual, la idea misma de introducir un enfoque estético al campo de los saberes sociológicos inspira ciertamente, un sentimiento de "ajenidad" o de franco y abierto "extrañamiento". Veamos en qué consiste esta excentricidad.

Del realismo de las cosas al realismo de los símbolos

El programa de Brown pretende fusionar horizontes epistemológicos aparentemente irreconciliables, mutuamente excluyentes, como la ciencia y el arte o aquellos definidos como polos extremos, "subjetividad" *vis à vis* "objetividad". Su proyecto se propone ofrecer una respuesta a la coexistencia forzada y en algunos puntos, contradictoria, de diversas corrientes derivadas del estructuralismo, del funcionalismo, del



interaccionismo simbólico o de los procedimientos empírico-experimentales; tal heterogeneidad no produce sino fragmentaciones marcadas y fisuras profundas en el aparato de categorías, aparentemente unificado, de la sociología.

Brown se propone desarrollar, en suma, una teoría social "científicamente válida y significativamente humana". Para construirla requiere primero fincar sólidos puentes: la ciencia y el arte no deben verse como dos esferas autónomas. El arte y la literatura son también formas de conocimiento y de representación del mundo. Estas premisas fundamentales de la reflexión de Brown pueden resumirse en un enunciado: toda forma de conocimiento de la realidad es una construcción simbólica.

La interrogante ¿Qué es la realidad? representa, sin duda, uno de los más antiguos dilemas del pensamiento al que se han ofrecido multitud de respuestas, aunque casi siempre asociadas a posturas extremas en el debate: solipsismo puro o materialismo absolutista. Pero más que un asunto de dualidades y antinomias lo que está en juego es

el reconocimiento de que los diferentes aparatos epistemológicos desembocan en diversos modos de construcción de la realidad social.

Pluralismo y estilos de pensamiento

La concepción del realismo simbólico de Brown tiene profundos acentos dialógicos, polifónicos. La pluralidad de perspectivas y de modos de apropiación de la realidad, manifiestos tanto en el arte como en la ciencia, no representan un lastre para el avance del conocimiento sistemático. En la perspectiva del realismo simbólico, el "progreso" científico no es visto como una acumulación lineal ni las diversas culturas o las formas de organización social se piensan como sujetas y dependientes de un ordenamiento jerárquico. Esto es, no hay preeminencia de unas culturas sobre otras. La idea del conocimiento de la realidad como construcción simbólica pone en entredicho la dominación secular de las grandes maquinarias erigidas como sistemas totales de pensamiento. En el horizonte propio de la estética cognitiva, el progreso en el conocimiento está asegurado más bien, por la diversidad y multiplicidad de perspectivas sobre el mundo. "...cada visión de la realidad aporta una perspectiva adicional a nuestra capacidad de objetivación. La simbolización no sólo vuelve tangibles las cosas—el descubrimiento de la realidad—, también hace las cosas reales—la creación de la realidad" (p. 40).

Como parte del intento de obtener un sincretismo productivo de variadas epistemologías, Brown consigue poner en entredicho los dogmas y cánones absolutistas de las ciencias sociales.

La realidad metamorfoseada

La literatura, y el arte en general, han sido confinados por la racionalidad de las ciencias al dominio de la pura imaginación. El sueño, las quimeras, el pensamiento mítico y el imaginario propio de la literatura fueron expulsados del paraíso de la *empíria* por el ángel de la Razón, severísimo guardián del árbol de la ciencia, blandiendo como amenaza el acerado filo de la lógica.

Pero desde el ingrato destierro de la República de las ciencias, aún se escucha el viejo reclamo de los hombres de letras: la poesía y en fin, la creación literaria representan una vía legítima de conocimiento del mundo. Aunque no hay que olvidar tampoco que ciertas corrientes literarias como el romanticismo, contribuyeron a profundizar el abismo entre el logos de la ciencia y el peculiar "logos" de la creación artística.

En las representaciones colectivas aún subsiste la idea de que el arte y la literatura conforman el dominio exclusivo de la intuición y lo sensible, mientras que la ciencia se reserva para sí la rigurosidad del pensamiento lógico. A contracorriente de estas "verdades" del sentido común, Brown sugiere que la racionalidad no es privativa del pensamiento científico. No sólo reconoce en la obra del arte la presencia de cierto tipo de conocimiento sino afirma también que las teorías científicas requieren incorporar la dimensión estética en su propia racionalidad. Tanto el arte como la ciencia constituyen entonces sistemas racionales de organización de la experiencia. Desde este punto de vista, tales sistemas presuponen criterios comunes, como: economía de recursos, elegancia y originalidad, congruencia y consistencia. La peculiar racionalidad organizativa de las estructuras formales que ordenan, en el arte como en la ciencia, el conocimiento del mundo, sólo puede describirse en términos propios de la poética. Este es, resumido, el argumento que funda la estética del conocimiento o cognitiva que propone Brown.

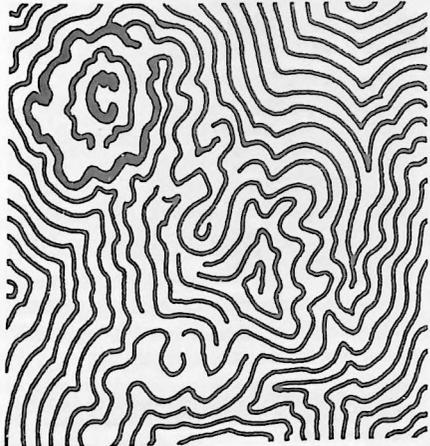
¿De dónde procede la idea de introducir la dimensión estética en las ciencias sociales? ¿De qué modo el marco conceptual de una poética perfila una lógica del descubrimiento en las ciencias del hombre? Estas y otras interrogantes que surgen naturalmente en el curso de la lectura de Brown, en nuestra opinión, no encuentran respuesta en el propio texto sino en sus intersticios, en el intertexto. En las atmósferas culturales del último tercio del presente siglo podemos hallar quizá los indicios que nos lleven a despejar estas dudas.

El libro de Brown es, en muchos sentidos, una obra de anticipación, en la estricta acepción del término. Prefigura el clima intelectual de la década de los noventa, marcada por la quiebra definitiva de los grandes discursos teóricos. Pone en evidencia las tendencias monolíticas y monológicas de las teorías sociales que parecen entrar en una fase de agotamiento, entre otras razones, por la proliferación incontrolada de jergas especializadas. Pero ésta es también una obra atenta a las vicisitudes y debates teóricos de su tiempo, sobre todo en lo que concierne al campo de las humanidades. Brown manifiesta una curiosidad especial por el prisma epistemológico que a final de los años sesenta, reclamaba el derecho de ciudadanía entre las ciencias del hombre: la fenomenología. En las décadas que siguieron, estudiosos de los procesos culturales contemporáneos atendiendo con detenimiento la voz de poetas y hombres de letras, profundos conocedores de las vicisitudes de su época. Así, las piezas dramáticas o narrativas, los textos poéticos y las reflexiones de un Baudelaire, Dostoievski o Guinsberg, conforman el fermento principal de lucidas reflexiones sobre los Tiempos Modernos como la que emprendió M. Berman (1982), en su penetrante estudio. En otro contexto, algunos términos elaborados en el campo de la literatura han sido adoptados como categorías sociológicas: es el caso de la expresión "afinidades electivas" de cunno goethiano que M. Lowy (1984) introduce en su excelente estudio sobre utopías libertarias y mesianismo en la comunidad de intelectuales judíos de Europa central. En fin, trabajos como éstos revelan que las sólidas murallas que mantuvieron apartados los dominios de la creación artística y del pensamiento científico riguroso, han iniciado un proceso de degradación.

Los huecos de la interpretación

Quizá parezca una formulación fantasiosa pero me atrevo a afirmar que el placer que suscita la lectura de las teorías de Brown es comparable al que se experimenta con un texto literario. Y si tomamos en cuenta que toda lectura productiva dispone de un espacio que da cabida a la respuesta del interlocutor, del lector, me permito anotar enseguida algunas observaciones críticas como colofón a esta experiencia fructífera.

En el paralelismo que establece Brown entre ciencia y arte me parece percibir una deliberada ambigüedad. Recordemos que para este autor, las estrategias cognitivas del arte y de la ciencia representan dos



modalidades legítimas de conocimiento del mundo, de la realidad. En esta ecuación quedan sin embargo, algunas incógnitas por despejar: ¿Cuál es la forma de conocimiento propia del arte? ¿La realidad que representan el arte y la literatura es la misma que aquella que reconstruye la ciencia? Sin duda alguna, las producciones artísticas, transfiguran y recrean la realidad con los medios y la materia que son propios de la esfera de creación en que se inscriben: hablamos así de creaciones verbales, pictóricas o esculturales. En otras palabras, las diversas formas de creación artística adquieren su propia especificidad en función de la particularidad de sus soportes materiales: el lenguaje, el lienzo y los pigmentos, la piedra o el bronce. Tenemos entonces que en el arte, los modos peculiares de conocimiento o de representación del mundo se encuentran estrechamente ligados a las particularidades de sus medios de expresión. Esta singularidad de las obras de arte aparece desdibujada en la argumentación de Brown, orientada más bien a enfatizar las semejanzas entre ciencia y arte que a señalar las diferencias. Este paralelismo resultaría quizá más productivo si en lugar de referirse indiscriminadamente al universo multiforme del arte, Brown se hubiese restringido a la no menos compleja y multiforme esfera de la creación verbal, esto es a la literatura. Nadie pone en duda el señalamiento del autor de que las búsquedas científica o artística disponen, respectivamente, de ciertas reglas de coherencia estructural. Pero nuestra objeción al respecto es que muy probablemente no se trate de las mismas reglas. Me parece que, en esta complicadísima labor de ingeniería cognoscitiva que se propone establecer puentes entre diferentes dominios, es de fundamental importancia conocer las peculiaridades del suelo que se pisa de modo que la obra desponga de sólidos cimientos.

En este sentido, hago más las reservas que expresa Peter Berger, sociólogo, filósofo y novelista, en una carta que puso a disposición de Brown y que forma parte de su correspondencia privada:

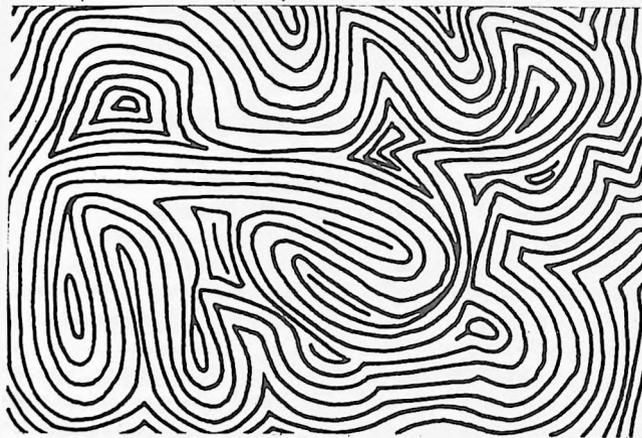
Me inclino a atribuir un status epistemológico a los modos estéticos de aprehensión. Pero uno debe mantener diferencia-

dos estos modos de aquellos que son propios de la razón filosófica y la investigación científica. Si uno no hace esto, se corre el riesgo de terminar en la noche en la cual todos los gatos cognitivos (sic) son pardos, en la cual se pierde la lucidez. (Carta fechada en 1972.)

En fin, promover un sincretismo productivo de variadas epistemologías no es una tarea fácil. Esta no es tanto una labor propia de un sólo hombre como de colectivos de pensamiento. En cualquier caso. Brown ha contribuido a este proyecto de modo fundamental, al poner en entredicho los dogmas y cánones absolutistas de las ciencias sociales. Reconocer el derecho a la existencia del pluralismo metodológico es ya un buen comienzo.

Bibliografía

- Berman, M., *All That is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity*, Trad. español. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, S. XXI, México.
- Bernstein, R., *The Restructuring of Social and Political Theory*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1978.
- Beyond Objectivism and Relativism*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Brown, Richard Harvey, *A Poetic for Sociology*, The University of Chicago Press, Chicago, 1989. Primera edición, Cambridge University Press, 1977.
- Lowy, M., *Rédemption et Utopie*, P.U.F., Paris.
- Roth, P., *Meaning and Method in the Social Sciences: A Case for Methodological Pluralism*, Cornell University Press, Ithaca.
- Thomas, D., *Naturalism and Social Science: A Post-Empiricist Philosophy of Social Science*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Tudor, A., *Beyond Empiricism: Philosophy of Science in Sociology*, Routledge & Kegan Paul, London, 1982.



Ramón Alvarado es profesor-investigador de Comunicación en la UAM-X y cursó el Doctorado en Ciencias del Lenguaje en París.